

El martes de la semana pasada se dió una epopeya fabulosa en nuestro mundo ciudadano de la oferta y la demanda. Este mundo que todas las mañanas, incluso las de los domingos excepto las de las fiestas intersemanales, se situa en la Plaza de España, frente al Ayuntamiento, y que se llama mercado «descubierto». Quizá se nos diga, que porque volvemos otra vez con el mercado. Pero es que nosotros, y días atrás ya lo demostramos, sentimos mucha simpatía para nuestras amas de casa y es por esto que no queremos dejarlas solas. Nos gusta seguirlas a la compra y darles consejo. Con esta croniquilla es lo que pretendemos hacer. Animarlas, infundirles firmeza ante las adversidades.

Porque ellas mejor que nadie, debieron enterarse que en tal día del martes de la semana pasada, se pedía por las judías tiernas, nada menos que catorce pesetas la libra ¡Eran de aquí! No eran de allí, saben. ¡Eran de aquí! Y lo de aquí se cotiza mucho en los tiempos actuales. A peso de oro. Nos imaginamos las caras que debían poner nuestras amas. Quizá alguna debió llevarse las manos a la cabeza en actitud de quien va a escuchar alguna detonación alarmante. O bien, quizá alguna otra debió exclamar, ante tal astronómico precio: «¿Se ha vuelto usted loca?».

Pues, no. Nada de todo esto. Porque si adopta la primera actitud, demostrará acusar el golpe y será una satisfacción para la parte contraria. Y si opta para lo segundo, puede que le contesten: «¿Es que quizá no parece como si fuéramos todos que nos hemos vuelto locos?».

Nosotros, si fuéramos a comprar y nos dijeran que las judías tiernas las pretenden a catorce pesetas la libra, sacaríamos cuentas al estilo de payés. en voz alta: catorce y catorce igual a veintiocho. Luego, la mitad de catorce, son siete. Veintiocho y siete igual a treinta y cinco. Ah! —exclamaríamos— a treinta y cinco el kilo! ¿Y usted no conoció al padre del bisabuelo de mi mujer? ¿No? Qué lástima, porque era un hombre colosal, un machote que descendía de las tribus de Silverio el Melancólico. Se distinguió por su furor agresivo contra la familia de las cucurbitáceas, a las cuales atacaba partiéndolas de un hachazo y confeccionando luego vistosos collares de las pepitas de sus víctimas. Más tarde, ya algo cansado por la proximidad de la senectud, dejó sus andanzas y odiseas botánicas para dedicarse a la representación y venta de lavadoras eléctricas. No sabe lo que se perdió de no conocer al padre del bisabuelo de mi mujer. Lo siento para usted señora. Adios.

¿Que podría resultar de este ejemplo que brindamos a nuestras amas de casa, de entre los ejemplos varios que ofreceríamos? Pues, quizá, resultaría que les «mongetes» se las comerían «els... tocinos».

Loren.



Antes de escribir esta crónica, su autor está hojeando un periódico del día 15 de abril. La primera página que se le aparece a la vista informa de mucho frío y muchas nevadas en Cantabria y otros lugares. Estas noticias ocupan el centro-izquierda de la página. El centro derecha informa de la presencia a los toros de la bella actriz italiana Silvana Pampanini. Así que, frío a la izquierda, calor a la derecha.

Ha pasado mes y medio y ahora empieza el calor a estar por todas partes. Pregunten al artista del cinema español Fernando Fernán Gómez, a la sugestiva y también artista Elisa Montés y demás compañeros de rodaje de la cinta «Ana dice sí», como pasaron la mañana del domingo pasado en la escollera de nuestro puerto. Sudando de verdad ante los proyectores.

San Feliu ha empezado, de verdad, su tarea veraniega. Su vida de la calle. Del café o del bar al aire libre, debajo los parasoles. Ha empezado a dar colorido a sus escenarios exteriores como son sus Paseos y sus Ramblas.

Pero todavía le falta un complemento en dichos escenarios: las airosas sardanas. Esta danza tan alegre, tan fraternalmente infinita, que sabe invitar a todos, propios y extraños, a formar parte de su jubilosa coreografía.

Cuando llegue de nuevo la Sardana entre nosotros, entonces ya todo estará completo.

Abecé.



CARTA A LA TÍA



EL ESCUDO DE LA CIUDAD

Querida tía Silvana:

Que la ciudad ha cambiado, es cosa que no lo niega hoy ya, ni el más obstinado en ignorar la evidencia y que ha de reconocer aun el detractor más terco que ella pudiera tener.

Sí, tía, La ciudad cambia. Y lo hace de tal manera que no queda ya una piedra que hable como ayer hiciera.

Si los viejos guixolenses que supieron de la euforia dels felices años veinte que hoy archiva ya la Historia, levantarán la cabeza y, entre otros tantos tesoros, vierán que ahora disponemos hasta de plaza de toros, yo no sé lo que dirían, pero no es aventurado pensar que tal vez sintieran que tanto *s'hagués* cambiado. Pero ellos, como nosotros, al verla desconocida no tendrían más remedio que pensar que es ley de vida y aceptar, quieras que no, el cambio más radical porque, al fin, que un pueblo cambie con el tiempo, es natural.

Y aunque uno en su fuero interno piense que *allò que ell voldria*

es bastante diferente de nuestra ciudad de hoy día, en razón de que: es Destino, se resigna, bien que mal a ver como se le cambia la playa en un pedregal, la costa, en cercado ajeno, los paseos en cafés, los paisajes en anuncios, *els amics en forasters...* ya que en vez de una ciudad recogida y recoleta *tinguem casa de dispeses on sols compta la pesseta.*

Pásese que se nos cambie para dar gusto al turismo la faz, la lengua, la voz, las costumbres y el tipismo. Mas, que cambien los dibujos de la heráldica local, porque así les viene en gana o porque los sabem mal, y nos traspongan la muela sin más consideraciones, ¡eso no! Porque eso, tía, ya es tocarnos los blasones.

Así es que, antes que la cosa *arribi a no tenir cura* bueno será que se ataje ese mal con mano dura porque si no, lo más fácil es que la burla persista y que se pierda el escudo de la ciudad de

EL CRONISTA